

González Guevara o el político

RODOLFO ECHEVERRÍA RUIZ

Hace dos días se ajustaron seis años de su fallecimiento. Escribo estas líneas en recuerdo navideño de un hombre consagrado desde su primera juventud al cumplimiento de una misión política democratizadora de la vida nacional.

La palabra misión define la energía vital de su temperamento. Alérgico a la parsimonia y a toda solemnidad burocrática, aprendía y enseñaba el oficio del político con una mezcla de entusiasmo ciudadano y rigor intelectual.

La política para él era tarea ineludible, responsabilidad de todas las horas, deber de la conciencia. La hizo durante su larga vida con sencillez, de manera natural. Ello sólo es asequible para los espíritus elegantes.

“La política —solía decir— se aprende haciéndola, viviéndola, acertando y equivocándose. Es manantial inagotable de lecciones y desafíos”. La ejerció al servicio de los otros. Sus ideas militaron en favor de las más hondas y sentidas causas de las mayorías. Actuó siempre con probidad intelectual, política, pecuniaria.

Lo conocí en la casa paterna. Amigo entrañable de mi padre, González Guevara y su noble esposa, cuya inteligencia y sensibilidad tampoco puedo olvidar ahora, nos visitaban con frecuencia. Mujeres enhiestas, doña Elisa y mi madre se identificaron plenamente.

La voz de don Rodolfo —de inconfundible acento entre guadalajareño y mazatleco— se dejaba oír durante aquellas largas sobremesas sabatinas (la sobremesa es civilizada institución cultural). Al filo de ellas se discutía con buen humor, claridad en los conceptos y visión de futuro, acerca de problemas políticos o agrarios o sindicales o históricos o jurídicos...

Coincidían en aquellas tertulias personalidades como Emilio Sánchez Piedras y Natalio Vázquez Pallares; Rafael Galván y José Luis Lamadrid; Griselda Álvarez, Martha Andrade y María Lavalle Urbina; Anita Blanch y Ferrusquilla; Efraín Huerta y Rafael Solana; Ricardo Martínez, Andrés Henestrosa, León Felipe...

Yo —un muchacho de entre 15 y 16 años— trataba de asimilar algo de lo mucho allí explicado y

debatido. Todos eran ciudadanos regidos por su intensa acción política y un pensamiento creador. Aludo a un tiempo en el curso del cual cada uno de aquellos mexicanos asumió algún liderazgo político o sindical o académico o literario.

Mi temprana vocación política —lo supongo— pudo nacer durante esos días. A González Guevara debo mis primeros pasos: una tarde de abril de 1962, en el patio de alumnos del Instituto Francés de América Latina (don Rodolfo y doña Elisa también estaban empeñados en estudiar la lengua y la literatura francesas) él, entonces presidente del PRI en la ciudad de México, me invitó a la puesta en marcha de unas jornadas de capacitación organizadas con el propósito de formar a cientos de jóvenes en el estudio y en la práctica de la política. Con los años algunos de ellos llegarían a desempeñar tareas dirigentes dentro y fuera de nuestro país.

González Guevara conocía la ciudad calle por calle. Recordaba los nombres de innumerables militantes de base: mujeres y hombres miembros de los comités seccionales en barrios y colonias con quienes hablaba horas enteras —y a quienes oía horas enteras— “aprendiendo —como él decía— a hacer política en el ejercicio de la política misma, con la gente de abajo...”.

Formador de varias generaciones de líderes, maestro sin proponérselo, actuaba y hablaba sin rodeos. Discutía siempre. Aceptaba puntos de vista y opiniones divergentes muchas veces contrarias a las suyas. A todos enseñaba. De todos aprendía.

Aún oigo aquellas sus carcajadas, aquellos razonamientos filosóficos, aquellas denuncias implacables, aquellos discursos brillantes. Admiré su austeridad, su modestia. Evoco a un político entero. A un militante de tiempo completo miembro del ala más progresista, liberal y democrática del PRI. Era un político convencido de todas las consecuencias jurídicas y culturales, políticas, sociales y sanitarias del democrático Estado laico.

Hacía política como si la respirara. Ejercía el poder como si no lo tuviera. Era un disidente natural. Hoy nos hace mucha falta.

Consejero político nacional del PRI

